

vió á galeras, y castigó de muerte al inspirador. (Jos. Ant. Jud. XVII, IX, 5, 7, de Bello Jud. I, II, III, IV, V, VI, VII, 12).

CAPITULO XII.

CONDUCTA DE ARQUELAO EN LA JUDEA; ES DESTERRADO A LAS GALIAS.

Arquelao, á quien debieran haber hecho prudente y circunspecto las disposiciones del pueblo que le eran conocidas, irritó á este mismo pueblo de todas maneras: depuso al pontífice Joazar, é invistió á su hermano Eleazar de esta dignidad, que le quitó tambien á poco tiempo, para conferirla á Josué, hijo de Sías. Se casó contra lo prevenido en las leyes con Glafira, que habia tenido hijos de su hermano Alejandro. Habia sobrevivido esta á su segundo esposo Juba, rey de Mauritania, y estaba al lado de su padre, rey de Capadocia, cuando la vió Arquelao, y prendándose de ella, repudió á su muger Mariamne, para casarse con su cuñada.

En el segundo año del reinado del etnarca, pasó por delante de la Judea Cayo, hijo primogénito del difunto Agrippa, y nieto de Augusto, por Julia su madre, que iba contra los Partos, y no entró en Jerusalem para hacer el acto de adoracion; lo cual le valió grandes elogios de Augusto. Suetonio (In Aug. 93) cita este ejemplo para manifestarnos que Augusto, estricto observante de la religion romana, era opuesto á todas las demas; pero

nosotros vemos por esta relacion, así como por otras muchas, que los principes extranjeros acostumbraban ir á Jerusalem, para implorar la proteccion del Dios de Israel.

Arquelao gobernaba con una voluntad indomable, aunque Augusto le habia recomendado que tratase á sus súbditos con dulzura. Los judíos no ignoraban esta recomendacion; por lo cual sus hermanos, los principales entre los judíos y samaritanos, no vacilaron en delatarle á Augusto, en el año décimo de su reinado. El emperador le mandó comparecer inmediatamente en la capital, y Arquelao tuvo que obedecer y dar sus descargos: Augusto, despues de haberle oido á él y á sus delatores, le desterró á Viena en el Delfinado (1).

Quirino, gobernador de la Siria, recibió orden para hacer el empadronamiento de todos los habitantes de la Siria y de la parte de la Judea reunida á ella, y levantar impuestos. Es verdad que la Judea fué gobernada por un prefecto particular (*procurator*), que era el caballero romano Coponio; pero estaba sujeto al gobernador (*præses*) de la Siria.

CAPITULO XIII.

CUMPLIMIENTO DE LA PROFECÍA DE JACOB.

Hacia mil setecientos años que el patriarca Jacob, profetizando á la hora de su muerte, habia predicho de Ju-

(1) Doce años despues del nacimiento de Jesucristo.

dá: "No saldrá el cetro de Judá, ni el príncipe de su descendencia, hasta que venga aquel á quien corresponde el cetro: él es la esperanza de las naciones;" ó segun otros: "Los pueblos se adherirán á él. (Jer., XLIX, 10).

Como hemos visto, Herodes murió poco despues del nacimiento de Jesucristo. Es verdad que los romanos habian usurpado ya anteriormente algunos derechos; pero el pueblo de Dios conservaba aún su rey: era un aliado de Augusto; pero todavía ejercia las prerogativas mas importantes de la soberanía. Augusto fué el primero que las menoscabó, cuando al tiempo del nacimiento de Jesucristo decretó un padron general de todos los habitantes de la Judea, y mandó hacer una *valuacion de los bienes*; pero todavía no impuso contribucion. Herodes encomendó el cumplimiento de su última voluntad á Augusto, no como soberano, sino como un curador poderoso de que necesitaban realmente sus hijos ambiciosos, para poner término á sus pretensiones. Augusto mostró mas moderacion que la que era de esperar de un romano y de un emperador tan pujante; sin embargo, dejó muy sujeto al nuevo etnarca, y no contento con investirle de una dignidad poco elevada, y de una potestad limitadísima, todavía redujo mas el círculo de sus operaciones, dándole la esperanza de una corona que se le debía, y ciertas advertencias, cuya inobservancia privaria á Arquelao de todo mando. Desde entonces, la Judea no fué mas que una provin-

cia romana, reunida al gobierno de la Siria, y los príncipes de la familia de Herodes no ejercieron ninguna potestad en la Judea, propiamente dicha, excepto Herodes Agrippa, que por un favor extraordinario del emperador Calígula, reinó de nuevo como rey, en Jerusalem, desde el año 38 al 45. Aunque llevó el cetro de Judá por espacio de siete años, no era independiente, sino que estaba bajo las órdenes de los gobernadores romanos, y ademas, ya antes se habia quitado el cetro á Judá. Cuando por el destierro de Arquelao salió el cetro de Judá, tenia once años de edad el rey de los reyes, cuyo reino no era de este mundo (San Juan, XVIII, 36), é iba á ejercer bien pronto por la primera vez, segun veremos, su ministerio *en su templo* (Mal., III, 1) como el enviado y el ungido del Señor, como el Siloh (1) y el Mesías de su Padre celestial.

CAPITULO XIV.

OCURREN NUEVOS DISTURBIOS EN LA JUDEA.

Los judíos se mostraron mas obedientes que lo que los romanos esperaban, para pagar los tributos; á lo que contribuyeron mucho las amonestaciones del sumo sacerdote Joazar, repuesto en su cargo probablemente por el pueblo. La nacion hubiera disfrutado de grande tranquilidad, si un cierto Judas de Gamala, de la provincia de

(1) Siloh, que debe ser enviado

Gaulon, á la otra orilla del Jordan, de concierto con un fariseo llamado Saduco, no hubiese instigado á la plebe, fácil de seducir, á una rebelion, cuyas resultas no podian ocultarse á ningun hombre sensato. Provocaban al pueblo bajo el falso pretexto de libertad, y en el santo nombre de la religion, y le prometian la proteccion segura de Dios; quien decian ellos que era el único soberano en la Judea, y que se perjudicaban sus derechos con el reconocimiento de una dominacion extranjera. Una pasion ciega se convierte en furor, cuando cree que cumple un deber, y las ideas tan poco entendidas como mal aplicadas de lo bueno, arrastran á un pueblo una vez levantado, de una locura á otra, y de un crimen á otro crimen. Algunas hordas de aventureros armados, que se habian aumentado de un modo asombroso, se desenfrenaron contra los romanos, y ejercieron crueldades con ciudadanos pacíficos, llevándolo todo á sangre y fuego. Las cuadrillas de ladrones se aprovecharon de este desórden que les aseguraba la impunidad, engruesaba su número, y daba perpetuo pábulo á su rapacidad. La devastacion y la suspension de las faenas del campo, produjeron el hambre, que instigó á los rebeldes desesperados, á cometer nuevos crímenes con su furor habitual. Infinitos hombres fueron víctimas de esta rebelion, que se comprimió en verdad; pero su semilla quedó en el ánimo de una porcion de individuos, como el fuego oculto con la ceniza, y apareció muchos años despues como una llama

voraz cuando la nacion estuvo madura para el juicio de Dios.

Apenas habia concluido Quirino el asunto de los tributos, cuando quitó al sumo sacerdote Joazar su dignidad para conferirla á Annano ó Anás (1), de quien el Evangelio hace mencion.

De allí á poco tiempo, los samaritanos cometieron todo género de desórdenes y atentados para vengarse de los judíos. Era costumbre abrir las puertas del templo á media noche, la víspera de Pascua; y habiéndose introducido furtivamente en él algunos samaritanos, desparramaron por acá y acullá huesos humanos, no solo en los pórticos, sino en el templo mismo, para profanarle. Desde entonces se les prohibió la entrada en el lugar santo. (Jos. Ant. Jud., XVIII, II, 1, 2).

CAPITULO XV.

JESUS HALLADO EN EL TEMPLO, EN MEDIO DE
LOS DOCTORES.

En este año, en la fiesta misma de pascua, fué glorificado el templo de Dios vivo, y se cumplió lo que habia predicho el Profeta:

“Porque el Señor de los ejércitos dice esto: dentro de un poco de tiempo, yo conmoveré el cielo y la tierra, el mar y todo el mundo. Y moveré todas las naciones, y vendrá el deseado de todas las naciones, y llenaré esta

(1) Doce años despues del nacimiento de Jesucristo.

casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos. La gloria de esta casa última, será mayor que la de la primera, dice el Señor de los ejércitos; y yo daré la paz en este lugar, dice el Señor de los ejércitos. (Ag., II, 7, 8, 10).

Oigamos ahora lo que dice el evangelista San Lucas: "Y el niño crecía y se confortaba (*) lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él. Y sus padres iban todos los años á Jerusalem en el dia solemne de la pascua. Y habiendo cumplido aquel doce años, como hubiesen subido á Jerusalem, segun la costumbre de la festividad, llegado el dia de volverse, se quedó el niño Jesus en Jerusalem, y no lo echaron de ver sus padres (**).

(*) MS. *El arrezúuase*. El texto griego: *en espíritu*. El Evangelista habla de este Niño, como de un niño ordinario, que habiéndose vestido de nuestra naturaleza, se sujetó, como todos los otros hombres, á que á proporcion que iba por la edad creciendo en el cuerpo, su espíritu se adaptase á todas sus acciones exteriores, y se fuese manifestando mas y mas cada dia. Siendo por su divina naturaleza, la sabiduría esencial del Padre, se mostraba esta, como eclipsada, bajo los velos de una carne, sujeta á crecer y fortificarse progresivamente, del mismo modo que la de los otros niños. (Nota del Ilmo. Scio al cap. 2.º de San Lucas).

(**) El griego: *y no le echó menos José, ni su Madre*. Es verosímil que al salir de Jerusalem, se juntase alguna tropa de personas conocidas, y que José y María, creyendo que los seguía en aquella compañía, caminaron todo aquel dia, no dudando que se incorporaría con ellos por la tarde, cuando llegasen al lugar en donde debían pasar la noche. Pero quedaron extrañamente sorprendidos, cuando vieron que habiendo llegado todos, no le hallaron entre sus parientes y conocidos. Por lo que volviendo otro dia á Jerusalem, y llegando ya tarde, no pudieron hacer diligencias por él, ni hallarle en el templo, hasta la mañana del dia siguiente. Y así se debe explicar lo que se dice en el v. 46, que *tres dias despues le hallaron en el templo*. (Idem idem).

Mas juzgando que iba entre los que los acompañaban, caminaron una jornada, y luego le buscaban entre los parientes y conocidos. Y como no le encontrasen, volvieron á Jerusalem á buscarle. Y sucedió, que á los tres dias le hallaron en el templo sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos. Mas todos los que le oían, quedaban atónitos de su prudencia y respuestas (*). Y viéndole se admiraron. Y su madre le dijo: hijo mio, ¿por qué has hecho esto con nosotros? Que tu padre y yo andábamos buscándote llenos de dolor. Y él les dijo: ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que conviene que yo me ocupe en las cosas que son de mi Padre (**)? Y ellos no entendieron la palabra que les habló. Y bajó con ellos, y fué á Nazareth, y les estaba sumiso. Y su madre guardaba todas estas palabras en su corazón. Y Jesus adelantaba en sabiduría, en edad (1) y en gracia, delante de Dios y de los hombres. (San Lucas, II, 40 á 52).

(*) En esta ocasion quiso que se descubriese una pequeña centella de su divina sabiduría. Y esto pasmaba á todos, admirando en sus preguntas y respuestas una sabiduría, que no alcanzaban los mas ancianos y ejercitados en la ley. Y debe observarse, que el Señor escucha y pregunta como discípulo, y no enseña aún como maestro; propone sus cuestiones, como quien quiere instruirse; pero en el fondo, era esto buscar una ocasion, para dar él sus instrucciones, y comunicar su luz para que entendiesen que las profecías acerca del Mesías, eran ya cumplidas. (Nota del Ilmo. Scio al cap. 2.º de San Lucas).

(**) La autoridad de los padres tiene sus límites; y en estas palabras dió á entender, Jesucristo, que se debe renunciar á todo afecto, á todo respeto de carne y de sangre, cuando se trata del negocio de Dios. (Idem idem).

(1) En *estatura*, segun otros, *en edad*. La Vulgata dice tambien: *eta-*

No hay duda que los padres del divino niño, que habían pasado un día entero juzgando que Jesús se hallaba entre sus parientes ó conocidos, le hubieran buscado cuidadosamente, si la divina Providencia no se lo hubiera disuadido; mas el Verbo eterno que se había hecho carne, debia y queria, aunque oculto, aun bajo el velo de la infancia, manifestarse en su templo á los doctores sentados en la cátedra de Moises.

Entonces traspasó ya una espada el corazón de María. ¡Cuál debía ser su dolor cuando echó de ver que el niño no estaba con ella! Solo las madres pueden comprender semejante aflicción; pero ¡cuál es la madre que se atreverá á compararse con la madre de este niño? ¿Y qué son los hijos de los hombres, en comparación del mas bello hijo de los hombres, en cuyos labios se derramó la gracia, porque el Señor le bendijo para siempre, segun dice el Profeta rey (Salm. XLIV, v. 2)? Pero ¡qué ternura en la queja de María! ¡Y qué alteza en la respuesta de su hijo! ¡Y este niño noble y divino se somete de nuevo á sus padres, y se somete á unas criaturas que no son mas que ceniza y polvo! ¡Qué carácter de verdad en esta narración! ¡Quién hubiera podido inventar así? ¡Quién lo hubiera querido? El Evangelista no añade nada para explicarnos, cómo semejante madre no echó de ver la falta de tal hijo, ó cómo pudo tranquilizarse tan fácilmente acerca de su ausencia.

te. La expresion griega *likia*, significa, *en edad*; pero tambien se usa para significar *estatura*; lo cual parece que conviene mejor aquí.

No disculpa, no disimula, ni habla tampoco de los designios de Dios, únicos que nos dan una explicación satisfactoria de esto.

¡Cuán sencillas y nobles son las pinceladas con que tan delicadamente se hace esta narración! ¡Cómo nos manifiestan á la Madre del Salvador en su graciosa amabilidad, y descubren nuestros ojos el fondo de su corazón! Nosotros somos testigos de su solicitud maternal, oímos sus dulces quejas, y vemos cómo conserva las palabras de su hijo en lo íntimo de su pecho.

CAPITULO XVI.

SUCESOS OCURRIDOS EN ROMA.

No tardó en ser separado Coponio del gobierno de la Judea (*procurator*), y le sucedió Ambivio. En el mismo año murió Salomé, dejando á Livia, esposa de Augusto, las tres ciudades que le habia legado Herodes.

A Ambivio reemplazó bien pronto Annio Rufo, durante cuyo gobierno acabó Augusto sus dias en Nola, cerca de Nápoles, á los setenta y seis años de edad. Le habia sucedido en el imperio Tiberio, hijo de Livia y de su primer marido Claudio Tiberio. Neron, que se le cedió á Augusto, entonces triunviro, cuando estaba preñada de su segundo hijo Druso. (Suet., tit. IV). Livia no dió ningun hijo á Augusto; pero ejerció gran influjo en su ánimo, en los cincuenta y dos años de matrimonio. Era una muger caprichosa y ambiciosísima, y no

estaba exenta de la sospecha de haber envenenado al emperador Augusto. (Tacit. *Annal.* I, 5; *Dion Casio*, LVI).

Cuando éste conoció que se moría, preguntó á los amigos que rodeaban su lecho, si había desempeñado bien su papel en el teatro de la vida, y luego añadió dos versos griegos, que pueden traducirse así: "Si todo os parece bien, aplaudid esta farsa, y todos vosotros dad alegremente palmadas. (Suet. in Aug., 99)."

Así acabó, á la edad de setenta y seis años, el soberano del imperio mas poderoso que ha existido jamas. Terrible cuenta iba á dar de su vida. En efecto, para llegar al trono, derramó torrentes de sangre, y cometió perfidias y muchas crueldades de pensado; pero una vez ocupado el solio, fué un ejemplar raro de moderación. Aunque el disimulo formaba el fondo de su carácter, amaba la justicia y la bondad, estaba dotado de grandes prendas, y reinó con sabiduría.

En vida se le erigieron templos, y despues de muerto se le puso en el número de los dioses. De su pira se hizo salir una águila que parecia que llevaba el alma del nuevo dios al Olimpo: un antiguo pretor juró que la habia visto subir al cielo, y Livia en recompensa, le dió un millon de sextercios. (*Dion Casio*, 55). En Roma se le erigió un templo, cuya sacerdotisa era Livia, y Tiberio el principal sacerdote, y se instituyeron juegos públicos en honor suyo.

on "Vanidad de vanidades, y todo vanidad," dice el sá-

bio inspirado de Dios (Ecl., I, 2); y Tomás de Kempis añade: "¡Oh vanidad de vanidades! Todo es vanidad, excepto el amar y servir á Dios. (*De imitatione Christi*, I)."

CAPITULO XVII.

SUCESOS EN LA JUDEA BAJO EL GOBIERNO DE ANTIPAS.

Antipas, que desde entonces fué llamado con mas frecuencia Herodes, y Filipo, edificaron diferentes ciudades en sus tetrarquías. El primero fortificó á Seforim, y la hizo una de las principales ciudades de la Galilea: tambien cercó de murallas á Betharamphtha, y le dió el nombre de Julia. Mas adelante edificó, á orillas del lago de Genesareth, una ciudad que llamó Tiberias, en honor de Tiberio, de donde vino el nombre del lago de Tiberiades. Filipo levantó la de Paneas, en las fuentes del Jordan, y le dió el nombre de Cesarea; y para distinguirla de Cesarea cerca del mar, llamada antiguamente Ptolemais, se añadió á su nombre el del fundador, y recibió el de Cesarea de Filipo. Convirtió el pueblo de Bethsaida, situado en la parte oriental del Jordan, donde desagua este rio en el lago de Genesareth, en una hermosa ciudad que llamó Julia, por la hija de Augusto. No ha de confundirse este Bethsaida con aquel en que nació San Pedro, y que está situado en la ribera occidental.